

June 2003

Número 39: Domingo 1º de Junio de 2003 (Ascensión) - Domingo 29 de Junio de 2003

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2003) "Número 39: Domingo 1º de Junio de 2003 (Ascensión) - Domingo 29 de Junio de 2003," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2003 : No. 39 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2003/iss39/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 039 – Junio 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Junio de 2003: Pablo R. Andinach

Domingo 1° de Junio de 2003 (Ascensión)

Salmo 1, Hechos 1-15-17 y 21-26, 1° Juan 5:9-13, Juan 17:6-19.

Este fragmento de un discurso de Jesús se ubica en los momentos previos a la pasión. Todo el cap. 17 es tenido como una oración donde Jesús pide por los creyentes y hace explícita su voluntad de protegerlos e invitarlos a una vida junto a él más allá de las limitaciones terrenales. Es, por otra parte, un fragmento dentro de una oración donde cada línea lleva una inmensa carga de sentido a tal punto que se puede meditar y predicar un sermón distinto sobre cada uno sus versículos. En contraste con esto, también es parte de un estilo muy semita de hablar y escribir en el que se recurre a la repetición de ciertas palabras y frases una y otra vez a fin de fortalecer el mensaje y recalcar los puntos centrales. Recordemos que aquella era todavía una cultura donde la transmisión de los conocimientos y enseñanzas se hacía más por el discurso hablado que por la letra escrita, esta última reservada al selecto grupo de lectores. En consecuencia repetir una idea permitía una mayor fijación en la memoria del oyente y una mejor recepción por parte de los que luego debían reproducir el mensaje ante otro público.

Reconocer esta dinámica del texto que tenemos delante y su carácter fragmentario en algún sentido nos obliga a elegir dentro de él algunos puntos para concentrarnos en ellos. No renunciamos a la importancia de una aproximación estructural a toda la unidad pero en esta oportunidad privilegiaremos lo homilético por sobre otras perspectivas. Vamos entonces a destacar un elemento del discurso que vinculándolo con otros ayudará a construir una predicación sobre este pasaje.

1. El nombre revelado.

En el v. 6 Jesús dice que ha “manifestado tu nombre”. Si tenemos en cuenta que en la tradición judía el nombre era representante de lo que era una persona o lugar en sentido profundo y esencial, decir “manifestar tu nombre” significa dar a conocer a Dios mismo. Había en Israel toda una cuestión con respecto al nombre de Dios. Desde el relato del Ex 3:14 donde Dios revela su nombre a Moisés hasta los días de Jesús había corrido mucho agua debajo del puente. En aquellos tiempos el nombre de Dios se expresaba libremente como una forma de certificar quien era el Señor de ese pueblo. De hecho el nombre dado a Moisés en el monte sagrado significa “yo soy el que estoy, el que acompaña”. Pero de aquel tiempo al presente de Jesús se había creado una tradición que omitía nombrar a Dios y que eludía su pronunciación reemplazándolo por “el

Señor” con el argumento de que no debía nombrarse a la divinidad en vano. El temor de pronunciar indebidamente el nombre de Dios se había tornado una barrera para pronunciarlo en cualquier momento, aún cuando no fuese en vano ni con fines apropiados. Así se había alejado el nombre de Dios (y su misma esencia) del habla y la vida cotidiana. Por temor a utilizarlo mal se había abandonado totalmente su uso. Y al menos en el nivel de la palabra oral se había transformado el Dios amistoso, compañero, siempre presente en un Dios innombrable, lejano, al que había que temer.

Jesús anuncia que él ha venido a volver a colocar el nombre de Dios en el medio de la vida y el lenguaje de las personas de su tiempo. Como en tantas otras cosas Jesús viene a rescatar un vínculo que se había perdido por la acción humana. Podríamos describir este proceso de la siguiente manera:

- a. Dios se da a conocer libremente (Abraham, Moisés, profetas...)
- b. Israel (la humanidad) teme pronunciar el nombre de Dios y lo destierra de su vocabulario.
- c. Israel (quizás sin desearlo) se aleja de Dios y va desconociendo (olvidando) su verdadero nombre.
- d. Se crean en reemplazo de Dios otros ídolos que lo sustituyen piadosamente: reglas alimenticias, calendarios religiosos rígidos, leyes sanitarias que inhiben de una buena relación con Dios a los enfermos, etc.
- e. Dios queda relegado al círculo de los sacerdotes, eruditos, y al de los poderosos que utilizan su nombre (sin nombrarlo) para sus propios intereses en detrimento de las mayorías.
- f. Para cuando llega Jesús Dios es el desconocido, el innombrable, aquel al que no podía invocarse por su nombre.

Muchas cosas se podrían haberse dicho de Dios que no escandalizaran pero no que se venía a “manifestar su nombre”. La reacción de quienes se habían apropiado de él sin duda condujo a la muerte a Jesús. Pero es bueno repasar los argumentos que se presentaron y que están dispersos en los distintos evangelios:

- a. Que Dios ya se había revelado a sus antepasados y no debía esperarse una nueva revelación.
- b. Que ya *conocían* el nombre de Dios, y en consecuencia qué sentido tenía entonces manifestar ahora su nombre.
- c. Que sólo un impostor y farsante podía arrogarse el derecho de hablar en nombre de Dios.
- d. Que nombrar a Dios era una falta muy grave que no podía permitirse.

Es de notar que Jesús no rompe con la tradición de no nombrar a Dios sino que cuando dice “manifestar el nombre de Dios” se refiere al sentido profundo, es decir, a lo que Dios es y como se relaciona con su pueblo. Es una actitud mucho más radical que la simple pronunciación del nombre de Dios. Tan sólo en el fragmento que leímos dice que Dios “ha dado palabras”, “que [él] envió a Jesús”, que los creyentes “son tuyos”, que todo lo que es de Jesús (sus pensamientos, acciones, etc.) “son tuyos”, “tu palabra es verdad”, y muchas otras cosas más. De modo que cuando Jesús dice que manifiesta el nombre de Dios lo que está haciendo en poniendo en claro quien es este Dios a quien sus antepasados adoraban y sus hermanos y hermanas adoran pero no nombran. En un sentido es volver a presentar al Dios en el que ya creían pero del que habían olvidado quien era.

2. Hacia la predicación

Hoy pronunciamos el nombre de Dios. Decimos y escribimos el Señor, o Yavé, o Jehová, sin miedo y abiertamente. Y aunque no abogamos por volver a omitir su nombre de nuestro vocabulario debemos admitir que se lo nombra en vano más de lo que estaríamos dispuestos a aceptar: se justifican guerras en su nombre, se planifican maldades bajo su supuesta protección, se miente y destruye en virtud de expandir su influencia. Se bastardea el nombre de Dios transformándolo en un objeto de uso a la medida de las intenciones del que habla. Pero la solución a todo esto no reside en prohibir su nombre sino en nombrarlo en lo que realmente es. Antes que erradicarlo hay que dejar que fluya su nombre sin segundas intenciones ni manipulaciones espurias.

Esa fue la estrategia de Jesús que antes que eliminarlo lo “manifestó” en toda su dimensión. En las palabras de Jesús Dios es siempre el protector, el que envía a una misión, el que acompaña y espera, el que exalta aquellos que los demás desprecian. Dios confía en nosotros y es más un amigo que un juez, se muestra más como sostenedor en nuestras debilidades que como un patrón exigente ante nuestras faltas. En Jesús Dios reconstruye el vínculo roto por el pecado y nos da una nueva oportunidad de vivir la fe de cara a él y al prójimo.

Si repasamos dónde estamos hoy respecto a la relación con Dios (y esto vale tanto para las relaciones sociales como personales) probablemente encontraremos que no estamos lejos de las prácticas en tiempos en Jesús. Hoy también necesitamos que a través de su Palabra se nos manifiesta la verdad de Dios, sin tapujos ni dobleces.

Proponemos entonces organizar la predicación de acuerdo a los siguientes puntos:

1. ¿Qué significa manifestar el nombre de Dios?
2. Las razones para que no se nombrara en tiempos de Jesús.
3. ¿Con qué sentido se lo nombra hoy? ¿Hacemos justicia a su nombre cuando lo nombramos?
4. El contenido que Jesús da al nombre de Dios.
5. ¿Cuál es nuestra tarea como actuales manifestadores del nombre de Dios?

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 039 – Junio 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Junio de 2003: Pablo R. Andiñach

Domingo 8 de Junio de 2003 (Pentecostés)

Salmo 104:24-34, Hechos 2.1-21, Romanos 8:22-27, **Juan 15:26-27 y 16:4-15**

Este pasaje pertenece como el anterior a los discursos de Jesús. El Ev. de Juan hace uso extenso de estos discursos que exponen las ideas y el proyecto de Señor para los discípulos. En este caso su interés consiste en dejar en claro que ha de partir pero que eso más que un abandono de sus seguidores es una ventaja. Su presencia encarnada no podía ser físicamente eterna, justamente por ser fiel a la misma encarnación y al haber asumido la condición humana con todas sus limitaciones incluía la del tiempo de permanencia en la tierra. Pero su voluntad de acompañar a la iglesia siempre no podía caer en saco roto y así les dice *-nos dice-* que al partir dejará el espacio para la compañía del Espíritu Santo.

Las palabras de Jesús buscan transmitir confianza y tranquilidad a una comunidad temerosa de que al dejarlos se olvide de ellos, o les encargue una tarea para la que no tienen ni fuerzas ni capacidad para llevarla adelante. En esta oportunidad dice que el Espíritu obrará clarificando tres cosas al mundo: el pecado, la justicia y el juicio. Es cierto también que les indica que hay otras cosas que deberán saber pero que aún no están capacitados para entender o soportar, lo que deja la puerta abierta a nuevos descubrimientos de la voluntad de Dios. Se ha dicho que esta frase apunta al martirio que muchos de los primeros cristianos sufrieron y que no podía ser anunciado antes a fin de no angustiar a los fieles. También se puede pensar en que Jesús no consideraba útil entregar todo su mensaje de una vez sino que al uso de la época lo iba presentado en discursos fraccionados a fin de que pudieran ser mejor comprendidos y recordados. Sea que fuere por motivos pastorales o por razones de practicidad, el hecho es que no todo está dicho y que habrá que esperar por nuevas revelaciones. Proponemos detenernos en la relación entre pecado y justicia.

1. El pecado

Jesús en este pasaje identifica el pecado que va a poner en evidencia el Espíritu como el hecho de que no creen en él. Es preciso señalar que *todo* el evangelio está centrado en el hecho de que la fe en Cristo ha de modificar la conducta de los creyentes, y que luego de creer han de vivir de acuerdo a la fe que abrazan. Visto así deberíamos evitar interpretar esta observación de Jesús como dirigida sólo a los no creyentes o a quienes aún no han aceptado su mensaje. El abandono de Jesús en los días de la pasión muestra que entre los que no creían en él estaban también sus

discípulos. De modo que lo que el Espíritu hará claro es que la falta de fe abunda y que el mundo, esto es *todos*, necesitan de una conversión a su mensaje.

Sobre este punto se han cometido muchos errores en la vida de la iglesia. El más común y que aún perdura es que se ha creído que en la iglesia no hay pecado o que ha sido reducido a su mínima expresión. Se asume una imagen propia como que habiendo conocido el evangelio pasamos de pecadores a santos, de negadores de la voluntad de Dios a ser sus mejores exponentes. En consecuencia se identifica a los pecadores como aquellos que están fuera de la iglesia y a los santos como aquellos que la conforman. Pero Jesús aquí se dirige a todos y los llama a oír la voz del Espíritu que convocará a la fe y a la entrega de la vida. Tan sólo con observar la vida de cualquier iglesia hemos de encontrar que el pecado está presente por el solo hecho de que está conformada por personas con limitaciones e inclinadas a fallarle a Dios antes que a asumir su misión. Y esto no es un hecho a ocultar sino una realidad que es necesario tener en cuenta a fin de no creer que somos lo que no somos y luego andar haciendo como los fariseos que calificaban a todos los demás como impuros e indignos de acercarse a ellos. Una iglesia así, aunque crea que está cerca de Dios no hace más que alejarse de aquellos por quienes Cristo murió, lo que es una forma de alejarse de Dios mismo.

Reconocer el pecado propio es el primer paso para comenzar a depurarlo, del mismo modo que reconocerlo es también el primer paso para sentirnos cerca de aquellos que no conociendo el evangelio están también lejos de Dios. Quizás podríamos llegar a afirmar que aquel que no ha tenido la experiencia de la redención de Cristo es menos responsable de sus pecados que aquellos que conociendo el evangelio permanecen en él. De cualquier manera la justicia de Dios llega para todos y nos invita a renovar nuestra vida.

2. La justicia de Dios

De poco serviría a la humanidad que Jesús le haya anunciado que era pecadora y que estaba en falta frente a Dios si a la vez -y esa es la novedad y la esencia del mismo evangelio- no nos hubiera dicho con total claridad que el Señor venía a ejercer su justicia para todos, liberándonos por *sus* méritos de la muerte y la angustia y habilitándonos para vivir plenamente como discípulos suyos. La justicia de Dios consiste en este caso no en administrar el ejercicio de las leyes sino en establecer que no seremos juzgados por una vara incapaz de entender nuestra vida sino por la medida que Dios mismo establece, basada en el amor y la invitación a una vida nueva. El creyente cuando toma conciencia del pecado que reside en él corre el peligro de caer abatido por tomar conciencia de su incapacidad de resistirse y modificar sus actitudes. Pero allí es cuando viene en su ayuda la justicia de Dios porque no nos lleva hasta el borde del abismo para que nos deslicemos en él sino para que conociendo esa realidad podamos evitarla y buscar otra opción para nuestra vida.

Dios juzga conociendo lo que está en juego y no es un abogado interesado en condenar sino en rescatar al perdido. Si en el mundo -y empezando por nosotros- fuéramos juzgados con una vara humana no tendríamos muchas chances de quedar bien parados. Esto angustiaba a la gente del tiempo de Jesús y asustó a muchos creyentes durante los largos años de la Edad Media. Se procuraba sufrir para disminuir el pecado y alcanzar algo de misericordia. Se buscaba huir del mundo a las cuevas o a los montes para no distraer el corazón con cosas propias del mundo,

como si la vida en familia o el mundo laboral cotidiano fueran espacios en sí mismos de cultivo de los pecados. O dicho desde el otro lado, como si vivir en la soledad de la montaña nos hace más puros y nos impide pecar. A todo esto que aún hoy con otras formas subsiste en ciertas prácticas cristianas, Jesús le respondió en su tiempo anunciando que es la justicia de Dios la que juzga y no la nuestra. Que seremos visto con los ojos del que conoce nuestras virtudes y deslices y que debemos vivir sin angustia porque confiamos en que su justicia colocará en fiel en el justo lugar, es decir, en el del que primero ama y luego juzga. Esto no debe entenderse como una habilitación liviana para el pecado sino como una responsabilidad ante el que nos abre la puerta para ejercer los dones de la vida.

Conclusión

La conciencia del pecado debe ir acompañada de la certeza de la justicia de Dios. Como creyentes debemos aceptar nuestras faltas y buscar revertirlas con sinceridad sabiendo que por la gracia de Dios no somos condenados sino que se nos anuncia que hemos sido rescatados. Y ese rescate es para que pongamos nuestra vida al servicio del prójimo, de un mundo más justo, para contribuir a crear una sociedad más humana y solidaria.

Proponemos entonces organizar la predicación de acuerdo a los siguientes puntos:

1. La realidad de pecado en la vida humana.
2. No juzgar a los demás.
3. El riesgo de la angustia ante nuestras limitaciones
4. La buena noticia de que el juez es Dios y no nosotros mismos.
5. La justicia (gracia) de Dios como lo que nos habilita para vivir sin temores y sirviendo a los demás.
6. La invitación a reconocer pecados y a aceptar el regalo de la gracia.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 039 – Junio 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Junio de 2003: Pablo R. Andñach

Domingo 15 de Junio de 2003 (Trinidad)

Salmo 29, Isaías 6:1-8, Romanos 8:12-17, Juan 3:1-17

El diálogo de Jesús con Nicodemo coloca estos pasajes en el contexto de la búsqueda de querer ser fieles a la palabra de Dios pero no entender como hacerlo. El texto clásico de 3:16 no requiere aquí una nueva explicación. Abordaremos el desafío de ser creyentes y anunciadores de la Palabra a partir del llamado a Isaías, en el convencimiento de que así como en aquellos tiempos como en los nuestros el Espíritu continúa convocando hombres y mujeres para su ministerio. Y hoy como ayer, esa invitación suele tener más resistencia en nuestros propios miedos y debilidades que en las verdaderas limitaciones que se invocan.

1. El lenguaje de este texto

Se ha señalado que el lenguaje de todo el cap 6 es distinto del resto del libro de Isaías. Encontramos allí una serie de figuras y escenas más propias de la literatura apocalíptica que de la profecía clásica. Dios en un trono, rodeado de ángeles, con temblor en las puertas, son todas imágenes propias de ese estilo. Es probable que esto indique que estamos ante un texto posterior al resto de las narraciones de esa primera parte del libro (cap. 1-39). Pero si bien es útil explicar esto en la predicación no es un tema central que justifique dedicarle mucho tiempo. Lo esencial aquí es que muestra a Dios convocando a una misión y a un hombre que tiene miedo de asumirla.

Isaías dice primero que tiene miedo de morir. Esto es debido a que siendo un hombre pecador y perteneciendo a un pueblo impuro considera que no puede ver a Dios. Lo primero en nuestra predicación que es necesario hacer es clarificar dos cosas: que se refiere simbólicamente a “ver a Dios” y que su impureza le viene por pertenecer a la raza humana.

Lo que asusta a Isaías es que siendo un ser humano pueda vincularse directamente con el creador. Este temor viene de antiguo cuando de a poco se fue gestando la idea de un Dios lejano e inaccesible, al que no podía llegarse porque su presencia mataba a quienes se acercaban a él. Es de notar que no fue así siempre, como el caso de Moisés que ante la zarza se le pide que se descalce en señal de respeto, y que se acerque sin que ello conlleve ninguna amenaza. Moisés también va a tratar de huir del mandato de Dios pero no por temor a morir sino porque está dubitativo ante tamaña empresa. Podrían buscarse otros ejemplos, pero lo importante es mostrar que el miedo viene del mismo Isaías y no de Dios, que no mata a nadie porque se acerque a él.

Su temor está vinculado con creer que respetar a Dios es no acercarse a él cuando en realidad respetar su Palabra es asumirla fielmente y “acercarse” lo más posible a su presencia.

Es necesario también comentar que ha habido lectura literalistas de este texto (y otros similares) que entienden que se refiere a una prohibición concreta de no ver a Dios con los ojos. Esta comprensión supone que Dios es un objeto que se puede ver o encontrar en cualquier lugar, lo cual lo reduce -probablemente sin querer- al nivel de las cosas palpables. Pero no es ese el sentido del texto que en realidad utiliza imágenes visuales y auditivas para significar al grandeza y el poder de Dios y su presencia en toda la realidad.

El otro aspecto es el de la impureza. Tiene que ver con lo que ya comentamos para el domingo anterior. Se consideraba tan lejano a Dios que el reconocimiento de los pecados y la fragilidad de nuestra vida y condición parecía que nos impedía vincularnos con él. A Dios se lo considera tan puro y santo que por contraste nada tiene que ver conmigo. Lo curioso es que es verdad que la distancia entre la santidad de Dios y nuestra condición es inmensa pero también es cierto que para Dios ese no es un problema que nos separe sino que ha enviado a su hijo para que recorra esa distancia y nos acerque a él. La impureza de nuestra vida es una barrera infranqueable *para nosotros* pero no para Dios que en la encarnación se hizo ser humano asumiendo y transitando esa distancia. Como ya señalamos es la gracia de Dios la que no habilita para vincularnos con él sin miedo ni distancias, y nos permite asumir el compromiso de ser testigos de su evangelio en la tierra.

El símbolo del ángel que toca la boca del profeta con una brasa que purifica su boca para hacerla apta al anuncio del mensaje que Dios le encomienda no está lejos de lo que nosotros hoy anunciamos como acción de Dios en Cristo. También nosotros hoy necesitamos que se nos limpie de mezquindades e incredulidad a fin de tener la posibilidad de compartir su ministerio aquí en la tierra. Nos hizo discípulos suyos, nos invita a su mesa, nos encomienda una tarea.

La misión

En la predicación no deberíamos quedarnos en la misión de Isaías sino a partir de lo dicho vincular este pasaje con nuestros propios desafíos. Esa es la diferencia entre una predicación y un estudio bíblico. En el segundo caso interesa entender la persona del profeta y su desafío personal. En el otro nos interesa actualizar el texto para que sea relevante para los oyentes de hoy. En realidad lo uno no va bien sin lo otro.

Hay muchos matices y desafíos diversos cuando deseamos hablar de la misión cristiana. En este momento de la predicación es oportuno referir al Juan 3:16 y apelar a que una vez habilitados por Dios nuestra tarea se concentra en anunciar esa verdad con la boca pero también con la vida, en la acción concreta que da fortaleza a la palabra predicada. Todo el pasaje de Nicodemo muestra a una persona deseosa de conocer la verdad y en búsqueda de alguien en quien confiar que le indicara la dirección a seguir en su vida. ¿Es muy distinto eso de la búsqueda que tantos hombres y mujeres tienen hoy?

Uno de los riesgos de hablar de misión es reducirla por cualquiera de sus lados. Algunos piensan que la misión de una tarea que debe concentrarse en el testimonio de vida interior. Quienes han

tenido una experiencia personal e íntima con Dios suelen considerar que su misión es hacer que todos accedan a la misma experiencia. Por otro lado están quienes han experimentado la presencia de Dios en la acción por el prójimo. La espiritualidad viene en estos casos como consecuencia de una experiencia concreta de encuentro con los más necesitados o con aquellos que nos rodean. También en estos casos solemos encontrar cierta intransigencia del tipo de pensar que la misión pasa por recrear en otros ese modo de acercarse a Dios. En otras palabras unos podría decir que por un lado se enfatiza la experiencia interna y en el otro la externa, Cristo en el corazón contra Cristo en el prójimo.

La lectura atenta y madura del evangelio muestra que tal dicotomía es ajena a él. Que no hay experiencia interna de Dios sin consecuencias visibles y concretas en nuestra relación con el prójimo, y por el otra lado, no hay encuentro con Cristo en el prójimo sin que haya una conversión del corazón, es decir, la totalidad de la vida. Por eso es bueno decir que más que buscar reproducir en los demás lo que a *mí* me pasó, lo que debemos buscar es anunciar el evangelio tal como lo encontramos en la Biblia. Jesús y sus discípulos vivían y declamaban la buena noticia sin distinguir límites ni modalidades. Y recordar que no hay un solo camino para acercarse a él sino muchos, tantos como personas transitan esta tierra.

Conclusión

La experiencia de Isaías, y la de Nicodemo, nos ayudan a delinear nuestro compromiso con el mensaje de Dios hoy. Ambos tenían dudas, temores, preguntas. Ambos recibieron respuestas a su inquietudes y no quedaron con las manos vacías.

Proponemos entonces organizar la predicación de acuerdo a los siguientes puntos:

1. Dios no llama a una misión
2. No debemos temer ni considerar que no estamos capacitados para ella.
3. Dios capacita y da herramientas para la tarea.
4. Debemos evitar la falta disyuntiva de espiritualidad vs. acción. Ambas cosas van juntas.
5. El ejemplo de Jesús nos invita a vivir su evangelio sin fisuras.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 039 – Junio 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Junio de 2003: Pablo R. Andíñach

Domingo 22 de Junio de 2003 (Ascensión)

Salmo 9:9-20, Job 38:1-11, 2° Corintios 6:1-13, Marcos 4:35-41

El texto de Marcos es sorprendente desde varios puntos de vista. En principio porque a quienes estaban con él no los condujo a la fe sino a un interrogante sobre la persona de Jesús. Al concluir la escena se preguntan “¿Quién es este que el viento y el mar lo obedecen?”. Además parece ser un texto en el cual la situación de zozobra es provocada por Jesús, al menos si vemos que llegan allí porque él mismo lo sugirió (“Pasemos al otro lado”, dice al comienzo del relato). En tercer lugar hay un elemento que casi siempre pasa inadvertido y que debe haber producido mucha angustia: junto a ellos había otras barcas que sufrieron la misma suerte (v. 36). La mención de estas naves donde no estaba Jesús pero que lo seguían puede ser un aspecto interesante para explorar en la predicación.

Las demás barcas

Si era un multitud la que estaba oyendo a Jesús al costado del mar es comprensible que al partir él varios quisieran seguirlo a través del mar. De modo que fueron varias las barcas que zarparon para cruzar el lago. La tormenta entonces no sólo tomó por sorpresa a quienes iban con él sino también a quienes *no* iban con él. Digamos de entrada que si bien quienes estaban en su barca pudieron recurrir a Jesús -que dormía en la popa-, los que navegaban en las otras no tuvieron esa posibilidad. También podemos imaginar que el miedo a la muerte y la posterior y repentina tranquilidad del mar los debe haber sorprendido. Y cuando luego supieron que había sido Jesús quien los salvó de la violencia de la tormenta seguramente confirmaron su fe y expresaron gratitud, pero nada de eso se nos cuenta en el evangelio.

Se puede trazar una línea entre aquellas personas que estaban en la tormenta y nosotros. Vivimos en medio de problemas y tempestades. Algunas parecen abatirnos y nos dejan sin aliento para continuar. Otras ayudan a templar nuestro espíritu y cuerpo y nos invitan a continuar en el camino. Pero en todos los casos los creyentes sabemos que Jesús está cerca nuestro aunque no lo vemos, y sabemos que va a hacer lo mejor para nuestra vida aunque no oímos sus palabras directamente. A diferencia de los discípulos que lo veían y tenían cerca *sin necesidad de creer en él*, nosotros somos llamados a confiar en el Dios invisible, el Dios que sabemos que está pero que no podemos tocar. Estamos como aquellos que iban en las otras barcas.

Quienes estaban bien cerca de él y fueron testigos de su acción se preguntaron quien era este, qué poder tenía. Al parecer no supieron comprender que sus palabras que tanto los atraían y sus enseñanzas que asumían como profundas y verdaderas eran más que palabras declamadas ante una multitud deseosa de oír las. Eran la expresión del poder de Dios que se manifestaba para dar un mensaje pero fundamentalmente para traer vida a todo aquel que quisiera oír las y asumirlas. Quizás pensaban que Jesús era un maestro más de los tantos que había en su tiempo. Quizás aún no estaban maduros para comprender que algo esencial estaba sucediendo ante sus propias narices. Lo que sí es evidente es que no esperaban que este hombre que hablaba tan bien pudiera tener poder para que la naturaleza le obedezca.

La tranquilidad de Jesús

Jesús dormía mientras los demás estaban aterrados y veían el mar sobre sus cuerpos. Los que lo acompañaban lo despiertan reclamándoles por sus vidas: “¿no te preocupa que muramos?” Lo que expresan es, dicho en otras palabras, que si tan bien les hablaba en la orilla, y tanto se interesaba por la vida y el espíritu de sus oyentes, por qué ahora los deja morir sin hacer nada. No parece que ellos crean que Jesús pueda hacer algo en ese momento. Más bien el texto da a entender que lo que esperan es que se angustie con ellos, que viva ese momento final de sus vidas con conciencia y no meramente durmiendo a un costado. Obsérvese que no le reclaman un milagro ni una solución. Seguramente no consideraban que pudiera hacerlo.

Pero la actitud de Jesús sorprendió a los que estaban en la barca. Luego de calmar la tempestad les recrimina que no tienen suficiente fe. Uno puede salir en defensa de los discípulos: ¿se esperaba que se echaran a dormir como Jesús? ¿Debían dejar la barca zozobre sin despertar al maestro? La respuesta no hemos de buscarla tanto por este lado sino en la actitud de Jesús de poner la vida en las manos de Dios. Dejar que él actúe cuando nuestras fuerzas y saber ya no pueden dominar la realidad. Nunca Jesús llama a la inacción o a la resignación ante la adversidad. Sería un error entender de ese modo su actitud.

Entonces la tranquilidad de Jesús consiste no en poner en riesgo su vida y la de los demás sino en estar convencido de que más allá del peligro que estemos corriendo o lo desorientados que en determinado momento podemos estar, los hilos de nuestra vida y el destino a que nos conducimos está en las manos de Dios, quien nos cuida y acompaña siempre.

Conclusión

La simbología de navegar en una tormenta es muy apta para describir la vida moderna, especialmente la de los más pobres de nuestras sociedades. Por otro lado la vida puede ser descripta como un andar en medio de preguntas, inseguridades, conflictos. En todos esos momentos Jesús está cerca y puede calmar las aguas y llevarnos a buen puerto.

Proponemos entonces organizar la predicación de acuerdo a los siguientes puntos:

1. Jesús invita a navegar (vivir) asumiendo los riesgos y peligros.
2. Las otras barcas se parecen a nuestra experiencia personal.
3. La tranquilidad de Jesús en a tormenta consiste en poner la vida en las manos de Dios.
4. Ante su poder y la incredulidad de sus discípulos, Jesús nos invita a la fe.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 039 – Junio 2003

Instituto Universitario ISEDET

Autorización Provisoria Decreto PEN N° 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET

Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable por el mes de Junio de 2003: Pablo R. Andinach

Domingo 29 de Junio de 2003

Salmo 30, Lam 3:22-33, 2º Corintios 8:7-15, **Marcos 5:21-43.**

En esta narración se suceden dos milagros de Jesús que están vinculados aunque cada uno tiene autonomía literaria. Sucede que de camino para ir hacia el lugar donde la hija de Jairo está desfalleciendo es reclamado por otra mujer enferma. Usualmente estos dos milagros se han analizado separados y sin duda con provecho, pero pocas veces reparamos en la relación entre ambos hechos. Que sucedan dentro de una misma trama no es casual y vamos a detenernos en ello a fin de organizar nuestra predicación.

El padre desesperado

Este hombre era una autoridad de la sinagoga, seguramente un ilustrado en las Escrituras, y se acerca a Jesús a pedir por la vida de su hija que agoniza. Está tan convencido del poder de Jesús que no duda en afirmar que si pone sus manos en ella su salud será recobrada. Es la actitud comprensible de un padre que busca todos los medios para salvar la vida de una hija. El pedido de Jairo tuvo sus frutos y se nos cuenta que Jesús emprendió camino con este hombre rumbo a su casa.

Podemos señalar que Jesús no pone reparos a su pedido y que se decide a curar a esta niña sin más argumentos. Pero esa celeridad de Jesús se ve quebrada por una mujer enferma que toca su manto en medio de la multitud convencida que de ese modo tendrá la salud que su cuerpo necesita. ¿Cuál habrá sido el sentimiento de Jairo cuando vio que Jesús se detenía para ver quien lo había tocado? Su hija agonizaba en la cama y probablemente no le quedaba mucho tiempo de vida.

Jesús se detiene

¿Por qué Jesús se detiene y busca a la persona que lo tocó? Si su objetivo en esa caminata era llegar lo antes posible a la casa de Jairo podría haber seguido caminando. Finalmente una persona curada más en su larga lista no agregaba nada a su historial de bendiciones. Creo que la pista la debemos buscar en el hecho de que para los que estaban allí -y para Jairo en primer lugar-, la demora aparentemente conspiraba contra al posibilidad de ser sanada de la joven que agonizaba. Todos pensaban que si llegaba tarde ya no habría solución para su vida. Jesús -

pensarían- irresponsablemente se detiene para ver quien tocó su manto cuando debería apurar el paso hacia la casa donde está a punto de morir una joven que lo necesita. Los discípulos participan de esta preocupación cuando le preguntan con ironía y quizás angustia por la joven que espera “¿ves la multitud que te aprieta y preguntas quien te ha tocado?”.

La mujer

Jesús la busca y ella se da a conocer. Tiene vergüenza pero no puede ocultar lo que ha hecho y se arroja a los pies de Jesús. Aquí comenzamos a vislumbrar qué está sucediendo: Jesús exalta la fe de esta mujer y *pone en evidencia* la falta de fe de quienes van con él hacia la casa de Jairo. Debemos decir que es injusto decir sin más que eran incrédulos, por que de hecho no lo eran. Si este hombre fue hacia Jesús es porque entendía que podía hacer algo por su hija, y quienes lo acompañaban también participaban de esta confianza. Pero parece ser que poseían una fe que no dejaba espacio para el asombro y lo maravilloso. Confiaban en Jesús pero limitaban su confianza a los hechos razonables, a aquellas cosas que se podían y debían esperar de un maestro bueno y con capacidad de hacer milagros. Sin embargo Jesús fue mucho más que eso, y estos actos apuntan a mostrar su verdadera identidad.

Justamente esto es lo que hace la mujer enferma. Ella sabe que aún tocando la ropa de Jesús quedará sanada y hace todo lo posible por llegar tan sólo a tocarlo. También esta forma de pensar debería haber sido muy criticada por discípulos y autoridades religiosas. El simple tocar la tela no debía conferir ningún poder. Es más, de ser así podría considerarse a Jesús como un milagrero, alguien que actuaría más como un talismán que como el enviado de Dios. Pero Jesús le dice a esta mujer que lo que la ha hecho salva es su fe, es decir, el confiar en que Jesús podría curarla aún cuando no tuviera ocasión de reparar en ella. Resalta la fe por encima del hecho de tocar sus ropas.

Es importante en la predicación establecer que la curación de la mujer es presentado por Jesús como un testimonio de su fe y no como una milagro oscuro. En este tiempo afloran formas de religiosidad que rayan con la superstición y que a veces se alimentan de pasajes como este, leídos livianamente. No es raro oír de grupos religiosos que piden trozos de ropa de un enfermo para bendecirlos o papeles con los nombres de quienes solicitan la bendición para sus vidas. Pero eso no es lo que hizo Jesús con esta mujer sino que obró en ella para dar un testimonio ante todos los demás de la apertura a nuevas posibilidades que su presencia ponía a disposición. Su salvación viene por la fe en Cristo.

La hija de Jairo

A continuación sucede lo terrible: vienen de la casa de Jairo y le dicen que no continúe molestando al maestro pues su hija acaba de morir. El texto dice que aún Jesús estaba hablando con la mujer cuando esto sucede. Todos muy probablemente pensaron que si no se hubiera detenido quizás hubiera llegado a tiempo para salvar a la joven. Jesús debe haber pensado que ahora es la ocasión de mostrar una faceta más de su ministerio: llevar a las personas al borde de su fe, ejercitarlas en la búsqueda de comprender la acción de Dios en situaciones que parecen incomprensibles.

Lo que sigue es traer nuevamente a la vida a la joven fallecida. Jesús hace salir aquellos que lloraban y lamentaban. Quizás hace esto para crear un clima de tranquilidad en la habitación. Lleva allí sólo a los padres y a quienes lo acompañaban, probablemente un grupo numeroso de personas. De modo que los testigos de lo que va a suceder son los mismos (con excepción de la madre) que presenciaron la curación de la mujer en el camino.

Ayer como hoy hay palabras de Jesús que provocan risa entre los que no creen en él. “No está muerta sino duerme”, dice, y se ríen de él. Es una metáfora, pues en verdad a fallecido pero Jesús alude a que aún puede “despertar”. Su voz la llama a la vida y ella responde. Así como a su voz obedecen las aguas y los vientos, ahora muestra que obedece la misma muerte. Esta resurrección es anuncio todavía embrionario de su propia resurrección.

Conclusión

Jesús se detiene ante la mujer para resaltar la fe que había tenido y el carácter asombroso de su milagro. Ella no es una sanada más, sino es una mujer que confió hasta donde otros no hubieran confiado. Y a la luz de esa experiencia pone en tela de juicio la fe de quienes creen que su demora perjudica a la otra joven que agoniza. Jesús va a mostrar que el poder de Dios y su amor está más allá de nuestra voluntad, y a veces, de nuestra capacidad de comprender.

Proponemos entonces organizar la predicación de acuerdo a los siguientes puntos:

1. Presentar los dos milagros.
2. Vincular la intención de ambos.
3. Preguntarnos por nuestra propia actitud ante Jesús cuando se detiene en el camino.
4. Resaltar la fe de la mujer y las dudas del resto de las personas.
5. Finalmente Jesús cura a ambas mujeres y da testimonio del poder y la voluntad de vida de Dios para todos.